

— 428 —

CAPITULO III.

P. Ventura.—P. Félix.—CONCLUSION.

A Lacordaire y Ravnigan siguen en Francia otros predicadores notables: Combalot, Dupanloup, Cœur, Duguerry, Bautin, Lavigne y Plautier se citan con elogio en varias obras y revistas que hemos recorrido. Mas ó menos, todos ellos han dado una tendencia filosófica á sus discursos; pero ninguno ha llegado á igualar en este nuevo carácter de la predicacion al P. Ventura y al P. Félix, de quien vamos á ocuparnos, siquiera sea por un momento.

P. Ventura.

El P. Ventura (G. D. Joaquin), célebre orador y teólogo ilustre contemporáneo, nació en Palermo el día 8 de diciembre del año 1792. Hizo sus primeros estudios con grande aprovechamiento, y siendo muy jóven esplicó retórica en el colegio de jesuitas de su ciudad natal.

Algunos años despues de haberse cerrado el seminario de

Palermo se hizo Teatino, recibió los órdenes sagrados y comenzó á darse á conocer ventajosamente como orador.

Sus primeros escritos, y entre ellos la *Causa dei Regalari al tribunali del bon senso*, revelaron al mundo las grandes dotes del P. Ventura para la polémica. Trabajó con gran empeño en la *Enciclopedia eclesiástica*; tradujo gran número de obras francesas, y por último, sus *Elogios fúnebres* y *Conferencias*, de algunas de las cuales llegaron á hacerse hasta veinte ediciones, le granjearon la admiracion de todos y el título del *Bossuet italiano* con que le designan algunos críticos.

Nombrado el año 1824 el P. Ventura Gobernador general de los Teatinos, se estableció en Roma, y queriendo su Santidad confiarle la direccion del *Journal eclesiastique*, solo consintió su modestia escribir algunos artículos sobre la influencia civilizadora de la Francia.

No han faltado enemigos al P. Ventura: sus acusaciones han sido mas ó menos estimadas, y sobre ellas no nos permitiremos en este momento ningun género de comentarios. Mortificado por esta causa, abandonó la corte pontificia y se retiró á la vida del estudio y la contemplacion.

El fruto de las vigiliias de este sacerdote distinguido, cuyo nombre ha llegado á nosotros rodeado de una legitima aureola de gloria, fueron obras poco conocidas en España: las *Beautés de la Foi*, sus *Homélies* y otras son dignas de que las recomendemos á la juventud que quiera conocer todo el mérito y la estension del talento del P. Ventura.

Al glorioso advenimiento de Pio IX, el P. Ventura abandonó su modesta celda de religioso y pronunció poco despues la *oración fúnebre de O'Connell*: ocupó mas tarde varios altos destinos, y nuevas causas que no son de este momento explicar, le

obligaron á salir segunda vez de Roma el año de 1848, retirándose á Civita-Vecchia bajo el amparo del pabellon francés.

Daríamos mas detalles sobre la vida del P. Ventura si esto no fuera abandonar nuestros propósitos de reserva en estos últimos capítulos y hasta cierto punto separarnos del fin principal de nuestros estudios.

El púlpito de la Magdalena y el de San Luis han tenido el privilegio de atraer por mucho tiempo la atención, no solo de París, sino del mundo católico entero. Originalidad, energía, movimientos verdaderamente elocuentes, profundidad y grandes cualidades de pensador, de teólogo y de filósofo distinguen al P. Ventura: el éxito de su palabra es superior á todo encomio (1).

En la obra que con el título de la *Razon católica* y la *Razon filosófica* escribió en 1852, el P. Ventura espone con admirable criterio los sistemas filosóficos de los pueblos antiguos y modernos, haciendo, al compararlos con el catolicismo, deducciones estimables, que llevarian la convicción al ánimo de los mas avezados en el error si meditasen en sus palabras: citas de San Agustín y de Santo Tomás brillan en esta obra al lado de un estilo fácil, claro, sencillo, natural, y no por esto falto de elevación y sentimiento.

En sus conferencias, tituladas *La madre de Dios, madre de los hombres*, se revela la bellísima economía del Cristianismo, la poderosa intercesión y las glorias de la Virgen, y por

(1) El P. Ventura ha publicado en París las obras siguientes: en 1850, *Histoire de Virginie Bruni*; en 1852, la *Raison philosophique et la raison catholique*; en 1853, *Les femmes de l'Évangile*; en 1854, *La Femme catholique* y *L'Essai sur l'origine des idées*; en 1854 y 1855, *L'École des mirades ou les ouvres de la puissance et de la grandeur de J. C.* y en 1857 *Pouvoir chrétien*.

último, el íntimo enlace entre los misterios entre sí y su armonía con la naturaleza y el hombre.

La *Oración fúnebre de O'Connell* es notable por sus tendencias políticas, y el espíritu de armonía que en la misma se revela á cada paso, mas ostensible en sus conferencias sobre el *Poder político cristiano*, predicadas en la capilla imperial de París.

Entre sus trabajos oratorios se han traducido esmeradamente en España sus conferencias acerca de la *Pasión de N. S. Jesucristo* (1), notabilísimas por muchos motivos, por sus citas, por la exposición completa de la doctrina evangélica sobre la pasión y muerte del divino Redentor desde la oración del huerto á su sepultura, y porque no son una exposición aislada y descarnada del texto sagrado, sino llena de reflexiones oportunas sobre la vida, las pasiones y los vicios del hombre, á que tanto se presta el asunto, lo todo que el orador ha sabido desenvolver.

Para que nuestros lectores tengan una idea del estilo de este insigne orador, trasladaremos algunos pasajes de la Conferencia en que el P. Ventura trata de la muerte del Redentor.

«No solo la vida de los elegidos es admirable en presencia de Dios, sino que su muerte es igualmente dulce y preciosa á sus ojos.

Sin embargo, los santos, dice San Leon, han recibido á su muerte la recompensa y la corona de sus obras, pero no han podido merecerla á los demás. Su fin ha sido para sus semejantes un ejemplo de paciencia, por el valor con que lo han sufrido; pero no han podido hacerse para otros una fuente de

(1) Traducidas por el Dr. D. Ildefonso Sore Nieto, capellan de honor de S. M., año 1853.

méritos y de virtudes. Los santos han dejado la vida como simples particulares, y el fruto de su último combate ha recaído principalmente sobre ellos mismos. Y si á pesar de esto la muerte de los santos es preciosa á los ojos del Señor, ¿qué será la de Jesucristo, que solo entre todos los hijos de los hombres ha dado su vida por los demás y no por sí mismo, que se ha inmolado en cualidad de Señor y de Salvador; que ha representado en sí todos los hombres, los ha ofrecido todos á su eterno Padre, los ha asociado todos á su sacrificio como una sola hostia, les ha comunicado todo el mérito de su crucifixion, de su muerte y de su resurreccion, y ha santificado de ese modo la vida de los verdaderos cristianos y hecho su muerte preciosa?.....

¡Oh cruz santa, simbolo de flaqueza, de crimen, de dolor, de oprobio y de muerte, pero que el Salvador ha convertido en vara maravillosa, en mérito de santidad, en fuente de gozo, en trono de gloria y en remedio de resurreccion y de vida! Prosternados delante de tí, te adoramos con humildad, te alabamos con entusiasmo, y te invocamos con confianza como el fundamento de nuestra fé, el sosten de nuestra esperanza y el motivo poderoso de nuestro amor para con Dios: *O cruz, ave, spes unica!* Te pedimos en este santo tiempo en que todo nos recuerda la caridad que obligó á Jesus á sufrir y á morir por nosotros, que nos apliques el fruto de la sangre preciosa con que fuiste rociada, á fin de borrar las culpas de los pecadores y aumentar en los justos la gracia y la virtud: *Hoc passionis tempore.* Haz que por el mérito infinito de la muerte preciosa que el Redentor del mundo sufrió en tus brazos, la muerte de los hombres á quienes vino á redimir, sea igualmente preciosa á sus ojos: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.....*

Si la cruz hubiera estado rodeada de un pueblo fiel, religioso y reconocido; si todos hubieran asistido al gran sacrificio del verdadero Melquisedec con las señales de un profundo recogimiento; si el sacrificio de Jesucristo hubiera estado

acompañado de preces públicas, de humildes y sinceras acciones de gracias, de lágrimas de arrepentimiento y de amor, de testimonios de religiosa compasion, ¡cuán infortunados seríamos entonces! ¡este sacrificio no se hubiera ofrecido por nosotros! Nosotros éramos injustos, nosotros éramos pecadores, y por consiguiente dignos de una confusion pública, universal y eterna; nosotros habíamos merecido ser burlados, insultados y escarnecidos por todas las criaturas y á presencia de todo el mundo. Mas como el sacrificio consumado en el Calvario era el nuestro, como era ofrecido en nuestro nombre, en nuestro lugar y en nuestro provecho, era necesario que la víctima sufriese nuestra confusion y nuestro desprecio. Una muerte que era sufrida por los pecadores, debía reunir un oprobio excesivo á un inmenso dolor. A las heridas hechas por los clavos debian juntarse las causadas por los dardos, mas acerados aun, de las lenguas. Al dolor de las contusiones debian juntarse las reconvenciones mas acerbas, la ironía mas amarga, los insultos mas atroces y los ultrajes mas indignos. Era necesario que la víctima apareciese bajo la forma de un criminal, que se viese rodeada de los anatemas y de los desprecios del universo. No era suficiente que el Hijo de Dios ofreciese en sacrificio su cuerpo desgarrado por los tormentos, era necesario tambien que sacrificase la dignidad de su persona y el honor de su nombre.

Pues bien, esto es lo que sucede en el Gólgota. Por consiguiente, las profundas ignominias que rodean la cruz, lejos de escandalizarnos, nos edifican, nos mueven y nos escitan á contricion. Porque nosotros comprendemos claramente que este sacrificio nos pertenece, que es ofrecido por nosotros; que Jesucristo, que sufre y muere como nosotros deberíamos sufrir y morir, sufre y muere para espiar nuestros pecados, y por consiguiente es verdaderamente nuestro Salvador. De aquí resulta que el oprobio mismo que sufre es una prueba del ministerio que ejerce. Y de este modo la muerte del Santo de los santos, por lo mismo que es un escándalo para los profa-

nos, es edificante para los fieles y preciosa á los ojos de Dios: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

Cuán ciegos, pues, y cuán insensatos son los judíos que blasfeman diciendo: «El ha salvado á otros, y no puede salvarse á sí mismo. Si él confía en Dios como en su propio Padre, ¿por qué Dios no se apresura á librarle? Si él es Hijo de Dios y el Mesías, que descienda de la cruz, y creeremos en él!» (*Matth.*)

Mas si Jesucristo hubiera descendido de la cruz, en vista de su intimacion insolente, esto hubiera sido arreglar su poder á unos caprichos impertinentes, mostrarse débil, ceder á los insultos de sus enemigos, y hacer una vana ostencion de su omnipotencia, á espensas de la redencion de los hombres, que tenia la mision de obrar; hubiera sido tambien dejarse vencer por la impaciencia, desmentir su mansedumbre, y mostrarse mas sensible á los ultrajes que celoso por su deber.

Si Jesucristo hubiera descendido de la cruz, si no hubiera muerto sobre este madero sagrado, despues de haber hecho anunciar á los Profetas que el Mesías debía espirar en una cruz, esto hubiera sido quitar á la Escritura su verdad, impidiendo su cumplimiento; dar un mentís á los Profetas, ponerse en contradiccion consigo mismo, y manifestar que no era Dios, ni Hijo de Dios.

Si Jesucristo hubiera descendido de la cruz, esto hubiera sido para él lo mismo que abandonar el altar, al que habia subido voluntariamente, interrumpir el sacrificio que habia comenzado con tanto amor, anular el precioso testamento que habia hecho y que no podia ser eficaz sino por la muerte del testador; despojarse de su carácter de pontífice de los bienes futuros, y renunciar á su alta dignidad de Redentor.

Un Mesías semejante, no solo no seria Dios, sino que seria menos que hombre; seria un falso Mesías, impotente para salvar á los otros, supuesto que podia degradarse á sí mismo. Si Jesucristo se rendia á una provocacion tanto mas indigna de aceptarse por él, cuanto mas insolente era de parte de los que

la hacian; si Jesucristo descendia de la cruz, no seria por lo mismo el Mesías verdadero ni el verdadero Salvador, y ningun hombre razonable podria ni deberia creer en él.

Al ver al Salvador que permanece en la cruz á pesar de las provocaciones que le dirigen para hacerle bajar de ella; al ver que todos los ultrajes con que los judíos le deshonran, todas las blasfemias con que le envilecen, y todas las escitaciones que le hacen no le separan un momento del ministerio sublime que ejerce; al ver que en vez de irritarse por tantos insultos, y de confundirles con el milagro que piden, les confunde con un milagro todavia mayor, el de una paciencia invencible, el de una dulzura inalterable y una caridad infinita; al considerar que se compadece de los mismos que insultan su paciencia cuyo misterio ignoran, y que pide para ellos el perdón y se lo asegura, si quieren aprovecharse de su ejemplo; ¡ah! por estas señales reconocemos en Jesucristo crucificado la hostia viviente, anunciada por tantos siglos, que se ofrece por todos los hombres; reconocemos en él el Cordero divino, deseado por tanto tiempo, que se inmola por todos; el verdadero sacerdote que sacrifica, el verdadero pontífice de los bienes futuros, que bajo el velo de su carne cubierta de llagas y de ignominias, entra en el santuario eterno y abre sus puertas. Nosotros reconocemos en él el verdadero mediador que se presenta en nuestro nombre ante el trono de Dios para aplacar su cólera; el verdadero testador que escribe con su sangre y confirma con su muerte el gran testamento de los siglos, en el que la herencia y la investidura del reino eterno se aseguran á los hijos de la promesa; reconocemos, en una palabra, al verdadero Mesías, al verdadero Hijo de Dios, al Salvador del mundo. Y por consiguiente, esta muerte, rodeada exteriormente de tantos oprobios y tantos escándalos, pero acompañada interiormente de tantos prodigios y de tanto amor, es á nuestros ojos un objeto de adoracion, de alabanza, de reconocimiento y de piedad, así como es un objeto de complacencia infinita á los ojos de Dios: *Pretiosa in conspectu Domini mors*

sanctorum ejus. Por esta razon, Señor, sustituyendo la alabanza á la blasfemia y el homenaje al insulto, os decimos:— Sí, divino Jesus, porque vemos que no descendéis de la cruz, y que, despreciando las provocaciones impías de vuestros enemigos, insistís en morir en ella por nuestro amor, es por lo que os reconocemos por el verdadero Rey de los judíos, el verdadero Mesías, el verdadero Hijo de Dios, nuestro Señor y nuestro Redentor....

¡Desventurados pecadores, degradados por los vicios! vosotros estais separados de Jesucristo y escludos de su oracion, porque sois como miembros cortados por el pecado, y no formais parte de su espíritu. Pero vosotras, almas fervorosas, amantes fieles de Jesus, vosotras formais su espíritu, lo mismo que su cuerpo místico, su alma y su vida, que es toda amor, porque vive amándoos, y os ama viviendo en vosotras. Jesucristo, pues, os ha encomendado á su Padre; él os ha depositado en el seno de Dios por su oracion, porque es como si hubiera dicho: «Padre mio, las almas de los justos me pertenecen, yo soy su cabeza, ellos son mis miembros, yo soy su padre, ellos son mis hijos, mi descendencia, mi familia. Su estado depende del mio. Así, pues, al recibir mi alma, recibid tambien las suyas. Así como yo no puedo estar separado de vos, no permitais que ellos estén separados de mí. Ellos son como mi espíritu y mi vida, porque así como ellos viven en mí, yo vivo en ellos por amor. Yo os los encomiendo como cosa mia; haced por sus almas lo que haceis por la mia. Recibidlas con el mismo cariño, abrazadlas con el mismo amor: *In manus tuas commendo spiritum meum.*»

Tambien al ofrecernos Jesus y encomendarnos á su Padre con estas afectuosas palabras, nos ha dado una nueva prueba de su ternura, nos ha revelado tambien una verdad de mucho consuelo. Antes que el Redentor muriese, antes que la sangre de esta augusta víctima fuese derramada sobre la tierra para aplacar al cielo, y nos abriese la puerta, cerrada inexorablemente á la raza de Adan, las almas mas justas y mas santas,

al separarse de sus cuerpos, descendian al limbo, al horror de una profunda noche. Allí la luz estaba tan solo en expectativa y en esperanza; la vision de Dios, el reposo en el seno de Dios, los consuelos de la pátria eterna se diferian hasta un término ignorado. La muerte era para aquellas almas una especie de excomunion, que separándolas de la tierra, las separaba igualmente del cielo, y que privándolas de las solemnidades de Israel y de la satisfaccion que experimentaban al tributar á Dios un culto verdadero, no ofrecia compensacion alguna á su fé ni á su caridad. Por consiguiente, aunque los justos de entonces tuviesen la misma fé que nosotros tenemos, y creyesen al morir que debian resucitar un dia, sin embargo, su muerte era en cierto modo lúgubre, triste y funesta. Ella se presentaba á su imaginacion como la entrada en una triste soledad, como el principio de un largo viaje que debia separarles de la sociedad de los hombres, sin proporcionarles la de Dios. Ellos no podian pensar en la muerte sino temblando; y este temor, esta idea del estado triste que les esperaba á la muerte, derramando una amargura continua sobre su vida, les tenia, dice San Pablo, en la melancólica y sombría espectacion de una dura esclavitud: *Timore mortis, per totam vitam, obnoxii erant servituti.* (Hebr.)

Cuando Jesus al morir exclamó: «Padre mio, en vuestras manos encomiendo mi alma,» esto es: «En vuestras manos encomiendo las almas de mis fieles que mueren,» nos enseñó claramente, dice Teofilacto, que habia concluido el tiempo en que no se podia subir de la tierra al cielo, ni volar hácia Dios al dejar á los hombres, y que desde aquel instante las almas de los justos, purificadas durante la vida por la penitencia y los sacrificios del amor, seguirán cuando salgan del cuerpo el mismo camino, y llegarán al mismo término que el alma santa de Jesucristo, es decir, á los brazos y al seno de Dios: *Per hæc verba voluit declarare, quod sanctorum animæ in manus Dei ascendunt: nam prius apud inferos detinebantur.* (In Joan.)

Además, añade el mismo intérprete, así como el cazador acecha una fiera al salir de su cueva para matarla, así el demonio acecha nuestra alma al salir del cuerpo para apoderarse de ella. Pero despues que Jesucristo depositó en las paternales manos de Dios nuestra alma en compañía de la suya, hemos adquirido el inmenso privilegio de poder dirigirnos libremente hasta el seno de Dios sin ningun riesgo, supuesto que el demonio no tiene derecho ni poder alguno sobre las almas que pertenecen ya á Dios, y que han sido encomendadas á Dios por el Hijo mismo de Dios: *Ex quo Filius paternis manibus commendavit spiritum suum, libertatem consecuti sumus: nullam diabolo in animas potestatem, ut Patri commendatas.* (In Joan).

Efectivamente, en esta revelacion se funda principalmente la esperanza de los cristianos que mueren en gracia de Dios. Ellos saben, y creen firmemente que al encomendar Jesucristo su alma en manos de su Padre, les facilitó que pudiesen á la hora de la muerte encomendarle la suya; y la persuasion que tienen de pasar directamente, si se hallan por completo purificados, desde nuestra prision de cieno, á la vision de Dios, y gozar de la sociedad de Jesucristo, es la que les hace desear la muerte con tanto ardor y repetir con San Pablo: «Yo tengo un ardiente deseo de verme desprendido de los lazos del cuerpo y estar con Jesucristo: *Cupio dissolvi et esse cum Christo.*» (Philip. 1, 23.)

Sin embargo, por estas palabras tan afectuosas, no solo nos reveló el Salvador al morir lo que debemos creer y esperar, sino que tambien nos enseñó, dice San Bernardo, cómo debemos creer y cómo debemos orar. Del mismo modo que una madre tierna enseña á su pequeño hijo la manera con que debe hablar á su padre, así nuestro Salvador, siempre lleno de ternura para con nosotros, nos ha enseñado en esta oracion el lenguaje de confianza y de amor con que debemos invocar en la hora de la muerte á nuestro Padre celestial, y poner nuestra alma en sus manos; él nos ha comunicado al mismo tiempo el valor necesario para repetir en sus nombres estas

mismas palabras, con la misma fuerza de su espíritu y con la misma confianza. (*De Pass.*) Segun este ejemplo de Jesucristo, observa San Gerónimo, ha adoptado la Iglesia el uso de poner esta misma súplica en la boca de sus hijos muribundos, y los santos han aprendido á repetirla en el momento supremo en que sus almas abandonan sus cuerpos. (*In. Ps. 30.*) Y en efecto, reflexionándolo bien, poner su alma al morir en las manos de Dios, y repetir el tierno lenguaje del Redentor, es sustituirse á él, es poner en él toda su confianza, es unirse á su sacrificio, aplicarse sus méritos, hacer una dulce violencia al corazon de Dios y obligarle á recibir nuestra alma en su seno, como en un asilo de paz, de seguridad y de salvacion. Al salir esta palabra de la boca y del corazon del Hijo de Dios, adquirió una fuerza infinita. Ella es capaz de hacer descender abundantemente el espíritu de gracia sobre el cristiano que la repite con la misma confianza y el mismo amor con que fué pronunciada la primera vez, y con un corazon lleno de fé y de esperanza; ella se hace un escudo impenetrable contra los asaltos del tentador, y un remedio eficaz contra los temores que atormentan en el último momento aun á las almas de los justos.

Finalmente, la recomendacion que el Salvador hace de su alma al espirar, encierra aun otra advertencia muy útil. Ella nos recuerda que si Dios es nuestro primer principio, es tambien nuestro último fin; que él nos ha criado y mandado á este mundo para que sirviéndole durante la vida, como á nuestro único Señor, podamos poseerle en la otra como á nuestro único remunerador; que supuesto que el espíritu que nos anima, el sopro divino que conserva nuestra vida, ha salido de Dios, debe volver á Dios: *A Deo exivi, ad Deum vadam*; que así como él confió este espíritu á nuestro arbitrio, y lo puso, por decirlo así, en nuestras manos, nosotros debemos un dia volverlo á poner en las suyas; que supuesto que sus manos lo formaron (*Job.*), sus manos deben tambien recibirlo; en una palabra, que nosotros debemos, durante la vida y despues de